

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

QUINCE AÑOS DE GUERRA

ó EL PUEBLO CONTRA
EL TIRANO



MAUCCI H^{os} MEXICO

*** BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO ***
Cuarta serie.—La independencia

¡Once años de guerra!

ó

EL PUEBLO CONTRA EL TIRANO

POR

HERIBERTO FRIAS

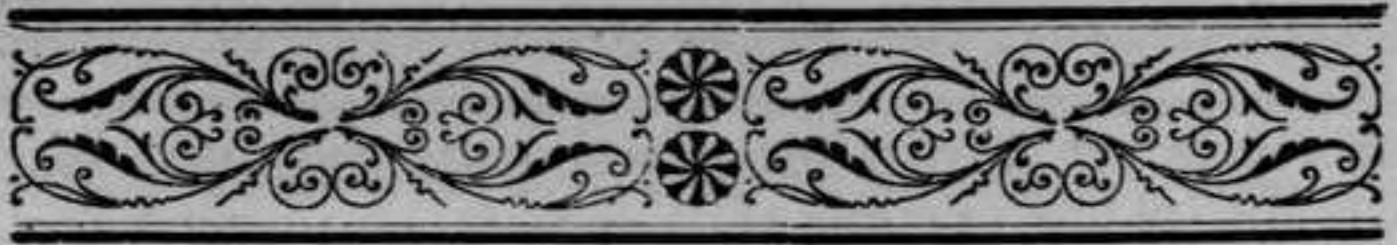


MÉXICO

Maucci Hermanos.—*Primera del Relox, 1.*

1900

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.



¡ONCE AÑOS DE GUERRA!



¡Ya hemos admirado los episodios principales de la época más hermosa de la historia de México; ya visteis, mis dignos amigos, todas las grandezas de esa etapa, de ese cuadro maravillosísimo de la vida de un pueblo que deseaba antes que

otra cosa ser libre y levantarse poderoso sobre los tiranos que le oprimían!

.

¡Quiero que por un instante los amables lectorcitos que me han seguido en estas narraciones fantásticas, divertidas y curiosas, pero todas llenas de acontecimientos históricos, quiero que todos me sigan ahora más seriamente por entre las zarzas de la existencia de un pueblo que, después de miles de opresiones, de un pueblo que ha sufrido trescientos años de ignominiosa esclavitud lucha y sigue luchando contra los invasores durante años, derramando torrentes de sangre por obtener su independencia!

¡Venid mexicanos lectores, venid á saber de un solo mirar, como quien dice en un solo relámpago, todo lo que fué esa vida de once años que se llama la *época* de la independencia mexicana!

Es preciso que comprendáis cómo se inició la gran revolución de la patria hacia la libertad.

¡También debéis comprender que tras de esa idea magnífica iluminada por la luz de semejante idea, surgieron héroes estupendos!...

¡Maravillosos y magníficos héroes que pusieron fuego á la hoguera aun no extinguida de la indepen-

dencia de México!... Y sabed que luego, siguiendo á los magnos héroes, aparecieron los continuadores, hasta que al extinguirse aparentemente el volcán, se creyó que ya todo había concluido...

¡Y sin embargo nada había concluido... Seguía la formidable insurrección que proclamaba la libertad!

.
La iniciación de la independencia de nuestra patria partió una noche allá en obscuro lugarejo de unos campos de las pertenencias de lo que entonces se llamaba la Intendencia de Guanajuato...

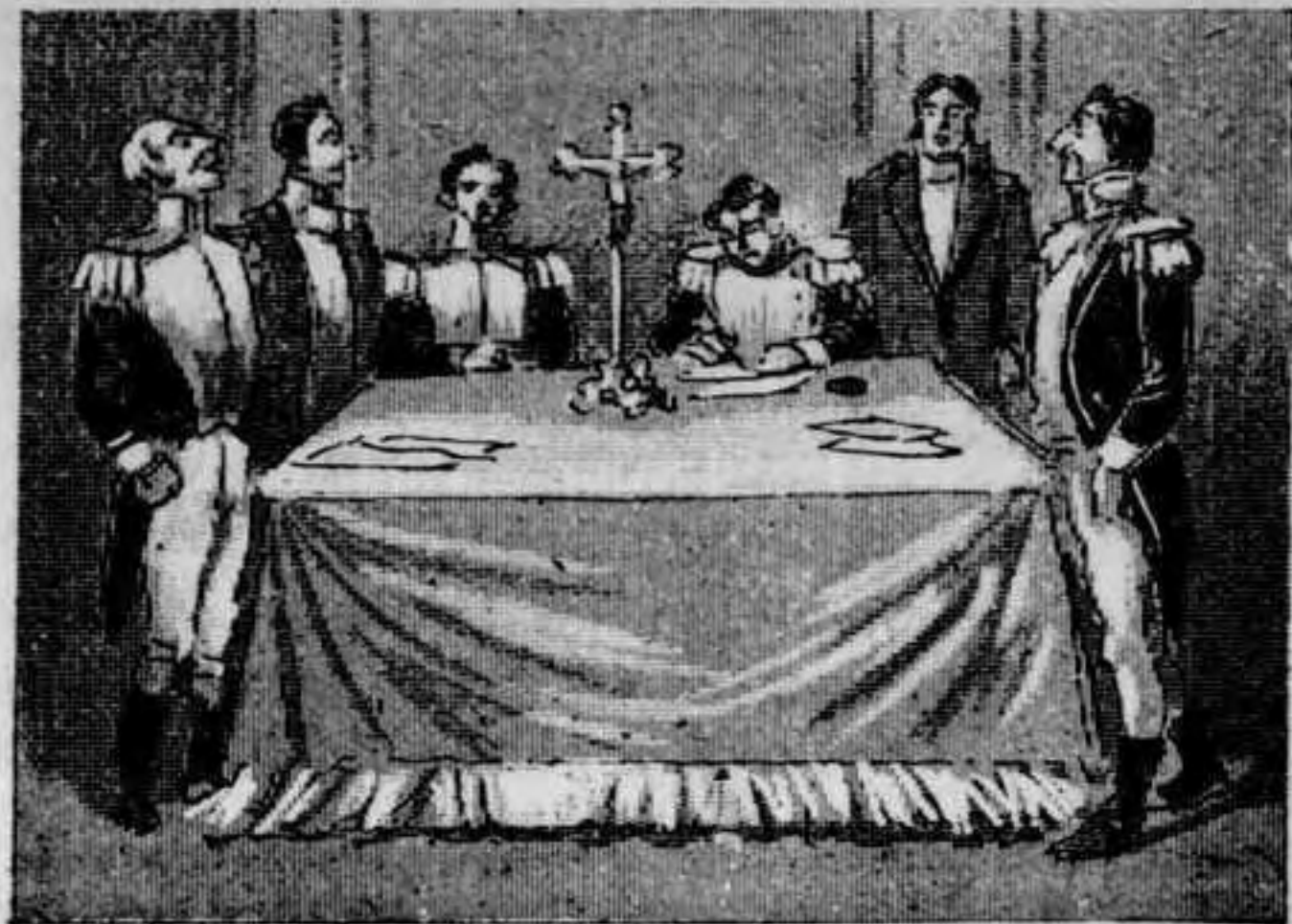
¡Qué admirable espectáculo!

¡Qué sublime consideración tenemos que hacer cuando vemos, lectores míos, que el grito que nos dió honor, libertad y vida, nació en las tinieblas de un pueblecito!...

¡El abandono, la soledad, las sombras, el silencio y una inmensa tristeza envolvían á los valientes que soñaban con la gloria de tener una patria libre!

¡Y se ve con que esfuerzo y con cuanta sangre se va obteniendo batalla tras batalla la victoria hasta que llega á vacilar en la Vieja España el augusto trono de los *borbones*... de aquellos hijos

de emperadores y reyes que tantos años admiraron en varias naciones de Europa!
¡Los reyes temblaron!



¡Qué apoteosis, qué triunfo para las nuevas razas americanas, saber que los tiranos que hacia siglos y más siglos dominaban al mundo acababan de sentir miedo... Sentían miedo porque com-

prendían que aquel hermoso grito de independencia, lanzado en una obscura noche en el más dilatado y desconocido rincón de la que entonces se llamaba «La Nueva España», que aquel grito había podido repercutir hasta su trono todo poderoso y alto, magnífico, portentoso y que aun creían que estaba erigido con su cetro de dominación por derecho ó por orden divina!

¡Qué espanto se produjo entonces en todos los reyes del mundo!...

¡Y eso que acababan ellos de triunfar contra los pueblos, despues de años y años de revolución y de batallas allá en Europa!

Vieron que vencían los que tenían la razón, la justicia, el derecho y la libertad... ¡y temblaron!

Porque debéis saber, amigos lectores, que los antiguos reyes tenían todo el pudor y toda la fuerza contra el pueblo... ¡Nada les resistía!

Los reyes de Europa eran unas personas que se creían mandados por Nuestro Señor para ser los amos de los inmensos *ganados* de hombres...

Vivían esos tiranos en suntuosos palacios, obras de arte y de riqueza en los que se consumían cantidades horribles de dinero... ¡Ay, pero ese dinero lo pagaban los más pobres, los más trabajadores, los más inteligentes... Con ese dinero de los pobres vivían en medio de goces y acompañados

por sus amigos y altos servidores los reyes... Y fuego y sangre contra los que osaron no respetar ni dar su dinero al rey!...

Este apenas sabía que hubiera gente que sufrieran, que se murieran de hambre y de frío en miserables chozas ó en los caminos... ¡Que había de comprender de tantas miserias y dolores, amarguras y lamentos el feliz monarca que entre sedas, terciopelo, blondas, oro, encajes y entre la música de los festines y de los bailes se entretenía!...

¡Que se murieron de hambre los pobres súbditos de sus reinos mientras los reyes gozaban!...

* * *

¿Sabéis dónde empezaron los pobres á comprender que era injusto que ellos, sufriendo, pagaran los goces de los monarcas? ¿Sabéis donde los que padecían encadenados trabajando para sus amos, empezaron á tener cólera contra esas injusticias?...

¡Pues bien, fué en Francia, en esa hermosa nación, fuerte hoy, instruída, libre! ¡Fué en la ciudad más hermosa y soberana del mundo, en esa ciudad que sin duda habéis oído nombrar

muchas veces en vuestra vida, porque ha sido, es y será siempre el centro de la civilización de los pueblos, la ciudad que ha dado más grandes hombres y más terribles actos... esa ciudad es!... ¡París!...

Allí una ocasión, al concluir el siglo pasado, el pueblo por primera vez se fué contra su amo el Rey... Y, no obstante, que tenía muchas fuerzas y le rodeaban todos los ricos, los nobles, los privilegiados, todos los felices que se pasaban la vida en bailes y en orgías, no obstante que con el Rey estaba el ejército, el pueblo, hambriento de pan y sediento de justicia y de libertad, se lanzó contra la prisión y fortaleza donde estaba el horror de la tiranía de miles de años.

Y he aquí que el pueblo destruye la Bastilla que así se llamaba la prisión, el 14 de Julio de 1789, trabando horrenda batalla... corrió la sangre... hubo incendios y degüellos... y por fin se vió el triunfo del pueblo.

Luego se lanzó contra los palacios del rey... los quemó... y hasta lo hizo prisionero y, loco de furor y de rabia, empezó á cortar cabezas... ¡Cuántos hombres grandes y honrados, buenos y justos cayeron bajo la cuchilla sangrienta de la Guillotina!...

¡El monarca se llamaba Luis XVI y con el últi-

mo de los reyes de Francia también sufrió la horrible pena de ser decapitado, lo mismo que su esposa la reina Maria Antonieta!



¡Qué terrible, qué espantosa había sido la venganza del pueblo!...

¡Un mar de sangre iluminado por un infernal incendio de todo el hermoso país de Francia, fué lo que se llama: «La Revolución Francesa!»



¿Cómo pudo saber el anciano cura Hidalgo la noticia de esos cataclismos?...

¿Cómo pudo comprender que aquel pueblô que sufría hacía tanto tiempo había sacudido sus cadenas y las había arrojado como un insulto y un arma á sus armas?..

¡Fué la inspiración que le trajo el angel de la Libertad!... Supo que ya era la hora de lanzar á los que quisiesen tener conciencia y libertad hacia los tiranos de España, y más aún cuando también en esa misma nacion la miseria y la esclavitud imperaban...

Adivinó como genio el buen Padre de nuestra independencia el porvenir que Dios reservaba á México y confió sus planes á los más nobles amigos, Allende, Aldama y otros, contándose una dama augusta la señora doña Josefa Ortiz de Domínguez, esposa del Corregidor de Querétaro... Abor-ta el plan... ¿todo se había perdido?

¡Ya sabéis que no!... Hidalgo no vacila y en la noche del 15 á 16 de Septiembre tocando la campana de la parroquia llama á los valientes *rancheros*, les hace comprender su vida de independen-

cia, gritando ese toque de triunfo que hizo nacer á la verdadera patria mexicana.

Empezaron los combates y las victorias, la sangre empezó á correr; el terror hizo temblar á los enemigos cobardes; los traidores aparecieron y cayó el Padre de la independencia, mártir en su cadalso de Chohualma... Siguió luego el formidable cura Meralos, el genio más brillante, el patriota más augusto de esa época; libra batallas espantosas y se sostiene allá en Cuantlá contra los ejércitos de los generales españoles.

¡Causó pavor a quella banda de héroes que se alzaron con el audaz Meralos!

¡La Victoria iba á ser de la patria libre!... Mas de nuevo vinieron los traidores... y nuevo mártir sucumbió el caudillo de Cuantla.

En seguida surge un rayo, infortuito de la guerra, un amante de la libertad, un enemigo de los tiranos... Mina hizo prodigios; se reunió con otros heroicos adalides; derrotó á los enemigos por todas partes... y al fin con sus campeones más queridos fué abatido el Rayo de la Guerra.

Más sangrienta que nunca continuó la guerra por la gloria y el honor de la patria... Guerrero se fortificó en las ásperas montañas de la Sierra Madre del Sur... y allí combatió como un león al

frente de sus caudillos, derramando sangre y sangre...

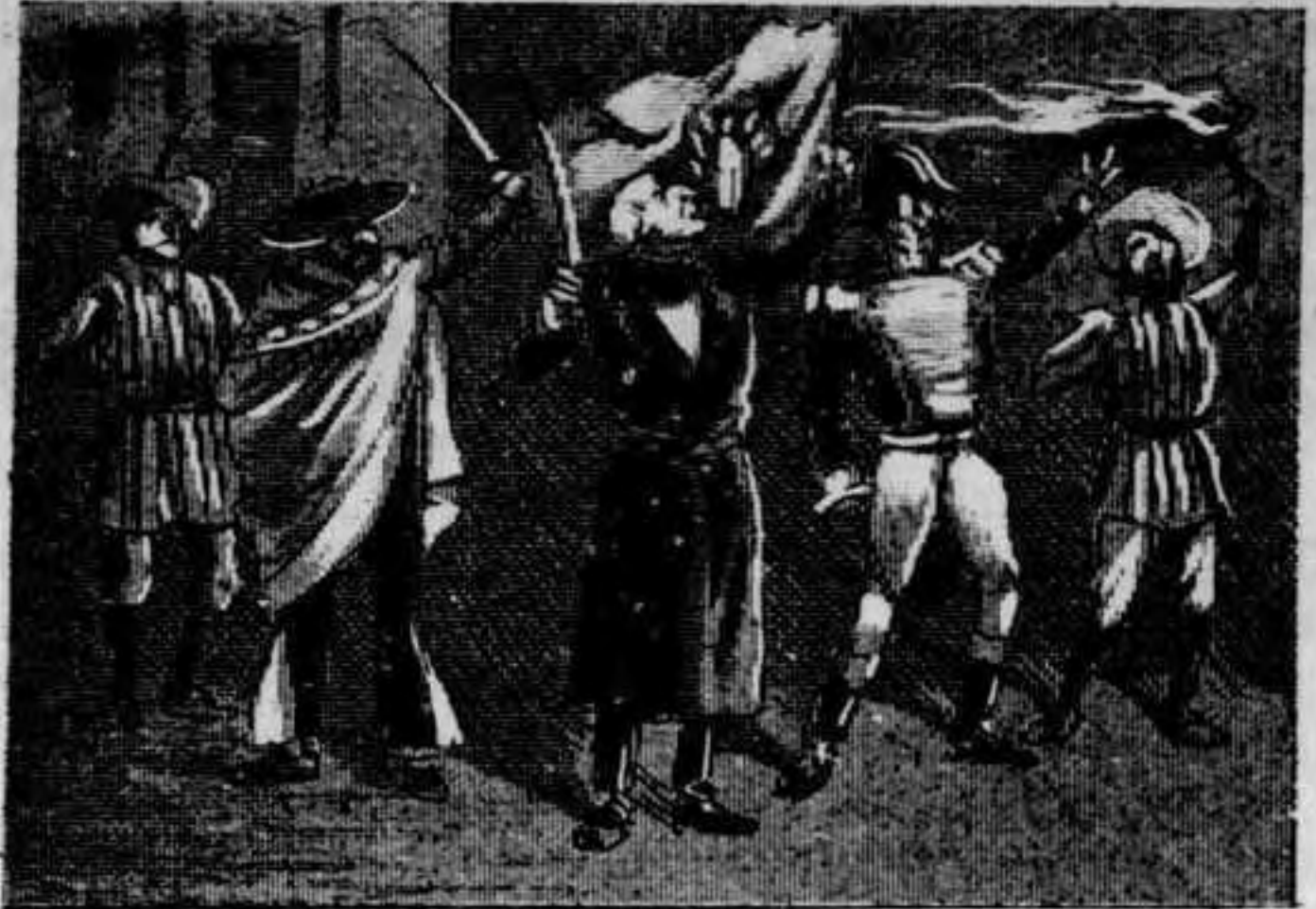
En vano, como lo sabéis, los virreyes ofrecen grandes recompensas y perdones á los que se pasen de la causa insurgente... en vano amenazan con atroces castigos y venganzas, los libertadores prosiguen batiéndose en las montañas, atrayendo á los buenos mexicanos, iluminando y siendo gloria y orgullo de la patria.

¡Once años transcurrieron, once años de combates y de asesinatos, de escaramuzas, de suplicios, cadalsos, traiciones, injusticias, martirios y horrores: once años de sangre y fuego!...

¡La Victoria vino á sellar con la palabra de Dios, la causa por lo que fué aquella batalla de tantos años!

Itúrbide, aquel capitán que combatió tanto tiempo contra los mismos mexicanos insurgentes, conduciendo á las tropas mexicanas, viendo ya que es insufrible domar al terrible montón de héroes del Sur, se decide á venderse á Guerrero, fingiéndole amistad; se unen sus tropas, y, juntas, llevando un pabellón de tres colores entran en México, al son de músicas, dianas, repiques, y al griterio del pueblo que aclama al ejército Libertador de la Patria, de aquel ejército que se llamaba de las Tres Garantías.

¡Por fin se reconocía la independencia de la Nación mexicana de la española!... Ya no había



esclavitud y otra vez era soberana la tierra de *Axayacatl* y *Cuanhtemochzin*.

• • • • •

¡Había triunfado el pueblo humilde; los tiranos quedaban vencidos!...

¡Qué cuadro para los reyes de Europa!... ¡Qué lección para todos los ambiciosos que quisieran seguir abusando de los pobres y mofándose de los derechos del pueblo que tanto sufre y se desangra para asegurar á otros la tranquilidad feliz y regada de una riqueza que les da la miseria de los humildes trabajadores!...

¡México principiaba á ser nación libre y soberana; absoluta, independiente de sus actos; alta y engrandecida!

¡México empezaba á vivir; era una nación niña!... ¡Cuántos tropiezos, caídas, amarguras y desengaños iba á sufrir! ¡Cuántos la iban á explotar!... Todavía faltaban muchos años para que llegaran los hombres que le dieran seguridad, riqueza y bienestar.

El hombre que le había de proporcionar el bien más precioso: —¡la paz— aún no nacía!...

Ya vimos como el mismo Itúrbide cegado por la ambición, anhela una corona de emperador... ¡Y qué pronto recibió el castigo!...

Corrió su sangre en Padilla, preparando en la Historia el cadalso de otro que quiso también ser emperador...

¡Pero con qué resplandor de rojas auroras se iniciaba la joven nación en la vía del porvenir!...
¡Ya la veremos seguir triunfante y gloriosa!

FIN